

1. NOCHE DE MIEDO EN LA FACULTAD DE DERECHO

Pasaban unos minutos de la media noche y allí estaba ella, una vez más, hablando con los muertos. El péndulo, como empujado por una fuerza invisible, giraba hacia la izquierda con una velocidad inusitada. ¿Era eso mala señal? Algo me decía que pronto lo descubriría. Un poco sobrecogido aún por la escena que acababa de contemplar, me di media vuelta y marché de ese lugar. Bajé las escaleras y me precipité por el largo y desértico pasillo que daba acceso a la antigua morgue, y que desembocaba en el claustro. Junto a las cristaleras donde se colgaban las notas, en la más absoluta soledad, noté como si alguien me observara, una sensación habitual en este tipo de lugares. Giré la cabeza dispuesto a encontrarme con algún rostro conocido, pero allí no había nadie. Probablemente, después de escuchar tantos testimonios sobre aterradoras visiones espectrales en ese mismo lugar, la sugestión ya se había apoderado de mí, por lo que me centré en escuchar a mi mente racional, y con la única ayuda del resplandor de la pantalla del móvil avancé en la oscuridad a través del corredor. Conforme caminaba me percaté de las voces que parecían provenir del patio, lo que me alivió por unos instantes. No reconocí el tono de nadie en particular, eran más bien murmullos ininteligibles, pero voces humanas al fin y al cabo, y eso es lo que me impor-

taba en aquel momento. La idea de reencontrarme con mis compañeros me dio el valor suficiente para atravesar aquella desolada galería. Cuando por fin crucé el umbral de la puerta de salida, me quedé paralizado: una espesísima niebla se había apoderado del hermoso claustro, convirtiendo la estampa en un espectáculo sobrecogedor. No se veía lo que ocurría a poco más de tres metros. ¿De dónde había salido este misterioso fenómeno meteorológico? En todo el invierno no recordaba ninguna noche con niebla, ni jamás había visto una tan densa en Córdoba.

No sin dificultad, recorrí primero la planta superior del patio de columnas y posteriormente bajé por las antiguas escaleras. Caminé hasta la fuente en busca de las voces que poco antes había percibido, pero ninguno de mis compañeros se encontraba allí. ¿Quién había hablado entonces? ¿De dónde procedían las voces? He de reconocer que en aquel instante, junto a la fuente, me volví a sentir acompañado por algo o alguien. Su presencia, cada vez más intensa, me obligó a enfrentarme a mis propios demonios para seguir adelante. Deambulé entre columnas con la única compañía de mi Nikon colgada al cuello, sin encontrar un solo alma. «Bueno, si se aparece un fantasma, al menos tengo la cámara preparada», pensé. Incluso me aventuré por la zona que llaman nueva, pero ni rastro de mis compañeros de aventura. Parecía como si los hubiera engullido la tierra.

Súbitamente, en aquel justo instante se escucharon tres fuertes golpes que provenían del claustro principal, de la misma zona en la que estuve pocos minutos antes. Y se volvieron a percibir los murmullos. Abandoné la zona nueva y me apresuré hacia el patio, pero al llegar allí las únicas que parecían esperarme eran esas figuras demoníacas esculpidas en la fuente. Las voces enmudecieron de nuevo, el silencio volvió a reinar, y una profunda sensación de desconcierto se apoderó de mí mientras permanecía quieto, pensativo, en medio del antiguo claustro de la Facultad de Derecho.